

EL OTOÑO.



He aquí la última escena de esa elegante série que pudiera llamarse las fiestas de las estaciones.

Después de habernos paseado entre las diversiones del

Invierno, de la Primavera y del Estío el artista nos presenta reunidas todas las abundancias del Otoño. Las casta-
llanas han salido de su antigua mansion con uno de esos

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 30.

hermosos soles ponientes que inflaman las nubes; han desembocado por las grandes avenidas, haciendo volar bajo los pies de sus caballos las hojas caídas; han respirado el amargo olor de la savia espirante y las brisas de la tarde ya refrescadas. Apeándose del caballo al pie de la colina en cuya cima se eleva el castillo, han encontrado al castellano que vuelve de la caza y ostenta con complacencia el botín á los maravillados ojos de las que pascen, y del niño que se adelanta á su madre; con la cabeza elevada y las manos á la espalda, contempla este una liebre con una admiración creciente. A pocos pasos y detrás, el perro parece aun olfatear la caza.

Más á la izquierda de esta escena de placeres y prosperidad, se ven dos vendimiadoras cargadas con sus cestas de uvas. También ellas son bellas, con esa belleza vigorosa que da la salud; también están alegres, porque llevan al hogar la abundancia. A un lado tenemos también las alegrías del ocio, al otro las del trabajo. Allí la gracia velada con la seda y la gasa, aquí abajo el lienzo y los flotantes pámpanos.

No preguntéis donde es más franca la alegría, donde está más seguro el reposo del corazón! ¿Quién podría decirlo? La sincera felicidad, no es aquí abajo patrimonio de ninguna condición. Irradia de nosotros mismos al exterior, cada uno de nosotros tiene en su propio seno el sol que luce, abrasa ó hiela la tierra, alumbrada ó tenebrosa.

El observador imparcial no tiene ni preocupaciones ni preferencias, pero enumera en voz baja las probabilidades felices de la castellana y las de la aldeana.

—Id, dice, nobles damas, para quienes todo sonríe y se anticipa, marchad francamente á vuestra felicidad, pero no olvidando jamás merecerla. Galopad por vuestros bosques, siempre que el vértigo de la carrera no os impida ver á la pobre harapienta mujer que vuelve encorvada bajo el peso de la leña; cubridlos de terciopelos y encajes, pero no os cause disgusto ni desden el jubón de sayal de la aldeana; gozad en fin de todos vuestros placeres, siempre que no endurezcan vuestro corazón, ni los guardéis para vosotras solas como un avaro un tesoro, sino que seáis de ellos para los demás depositaria y distribuidora.

Y vosotras también, buenas vendimiadoras, de cabellos medio desprendidos y tez tostada, pasad junto á esa riqueza sin envidia; conservad para aquellos á quienes el acaso ha repartido mejor su herencia, esa bondad afectuosa, que es la generosidad del pobre. ¡No odiéis su opulencia, á fin de que ellos amen vuestra pobreza! ¡Seguid alegremente vuestra senda de trabajo, sin perder el tiempo en comparar el peso! ¡Solo Dios puede decir el peso de la carga de cada uno! La vuestra se ve; ¡pero hay tantas que son invisibles! Si se ve el sudor con que el trabajo empapa vuestras frentes, no se saben las lágrimas que corren secretamente por otras mejillas.

FACUNDO MIGUEZ.

THOUN

VIAGE EN FERRO-CARRIL A LAS ORILLAS DEL RHIN.

El pueblo de Thoun es una de esas graciosas poblaciones que se encuentran en las orillas del Rhin, ese río que,

dígase lo que se quiera, es el más admirable que hay en Europa, sin exceptuar el Ródano. El Rhin con sus preciosas orillas es á la vez francés, holandés y sobre todo alemán. En las orillas de la parte alemana es donde se halla situada la preciosa población de Thoun de más de dos mil almas. En este pueblo, como en todos los que hay situados en las orillas del Rhin, se vive en medio de la naturaleza, y se la ve renovarse sin cesar ante los ojos del viajero sin fatigarlos jamás.

Al hablar del Rhin, procediendo con orden, no puede uno menos de hablar de la Holanda y de la Bélgica, objeto hoy de facilísima escursión para cuantos van á Francia.

Es la Holanda un curioso país, sobre todo, porque se puede allí admirar una verdadera conquista del hombre sobre las aguas.

Hállase situada al Norte del mar de Alemania, sobre inmensas lagunas que las olas del mar irritado y las inundaciones de los ríos disputan á la vez su dominio. Las aguas de que se halla rodeado aquel país, han causado sobre su suelo singulares vicisitudes y espantosas catástrofes. Ya no se reconoce allí la isla de los Báltavos, descrita por los romanos. Los ríos han cambiado de curso: el Rhin ha perdido las bocas por las que vertía sus aguas en el Océano: inmensos terrenos al abismarse en las ondas han producido vastos lagos, han abierto lo que se llama el *Zuyderzee* sobre un cantón cubierto en otro tiempo de opulentas habitaciones y risueñas praderas. El poder y la perseverancia del hombre han llegado, sin embargo, á formar allí un dominio dirigiendo el errante curso de los ríos, y oponiendo inaccesibles valladares á la invasión de las olas. Hubo, á pesar de esto, allí épocas terribles en que fueron impotentes los esfuerzos de los hombres. Las más horribles inundaciones de que se acuerda la Holanda son las que hubo hace novecientos años, y las de los años 1287, 1421 y 1570 de la era cristiana. No hablaremos á nuestros lectores más que de estas dos últimas.

Durante una noche del año 1421 una horrorosa tempestad rechazando las aguas del mar contra la corriente de los ríos, les hizo romper casi todos los diques, ocasionando grandísimos destrozos y trastornos. En solo aquella noche setenta y dos poblaciones fueron tragadas, y perecieron cien mil habitantes. La ciudad de Dordrecht fué separada del continente, y todo el país hasta la ciudad de Gertruidenberg, se convirtió en un golfo que se llamó el Biesboch.

En 1514 se descubría aun la punta de la flecha de las iglesias de las aldeas cubiertas por las aguas. La activa industria de los holandeses, que son afamados por su habilidad en el arte de desecar las lagunas, llegó con auxilio de numerosos molinos llamados de rosario, de nuevos diques, y de pequeños canales hábilmente dirigidos á recobrar el territorio de cuarenta y una poblaciones, en donde ahora se admiran risueños campos, y se recogen abundantes cosechas.

Por último, en 1571 un terrible huracán causó nuevos destrozos. Amsterdam, la primera ciudad de aquel país, quedó enteramente inundada. En la provincia de Frisia perecieron más de veinte mil personas. En aquella calamidad el gobernador de la ciudad de Groninga, se hizo distinguir por su humanidad. Un gran número de desgraciados habitantes se hallaban refugiados sobre sitios altos, y allí luchaban con el hambre, el frío, y el inminente peligro de una

próxima muerte, cuando él con una abnegación sin ejemplo, envió barcas á su costa, dirigió él mismo algunas, y marchó á su socorro. En medio de las lamentaciones que producian aquellas desgracias públicas, se oían alzar al cielo himnos, celebrando la virtud de aquel hombre benéfico.

Atravesado así, cortado este país por todas partes por las aguas presenta la Holanda un aspecto particular. Casi todas las calles de sus ciudades son canales, sobre los que se navega, y que dominan por ambos lados con las casas dos aceras para las gentes que van á pie. Rotterdam en la embocadura del Meusa, que ha recibido un brazo del Rhin, ofrece, sobre todo, bajo este aspecto el mas curioso espectáculo.

Ya hemos dicho que Amsterdam era la principal ciudad de la Holanda. Sin embargo, ordinariamente es en el Haya, que en otro tiempo era una mansión de recreo para verano del rey de Holanda, en donde reside habitualmente la corte.

El aseo de los holandeses con sus buques y sus casas es muy célebre. Lavan las casas de alto abajo, por fuera y por dentro, al menos una vez cada ocho dias. En aquel día se privan de una comida: se contentan con solo un poco de pan y de manteca para dejar á sus criados tiempo de dedicarse á este trabajo. En una casa holandesa todo utensilio del hogar y de la cocina brilla como un acero pulimentado, ó como el oro. No hay un mueble, no hay una madera que no esté perfectamente frotada y pulimentada.

Algunas veces se sirven los holandeses de las aguas de su país para defenderse contra el enemigo, levantando sus esclusas, é inundando voluntariamente el país impiden el paso á los ejércitos. Pero este medio les ha salido alguna vez mal, sobre todo contra los franceses que varias veces han conquistado la Holanda. La mas memorable de estas conquistas se verificó el año 1794. Lo que entonces pasó fué un verdadero prodigio. Sobrevino un rigoroso invierno en el momento en que los ejércitos iban á combatir, y aquel frio glacial hizo que se helasen todos los rios, todos los brazos de mar que defendian la Holanda, y se convirtieron en caminos sólidos sobre los que los franceses, lejos de retroceder, establecieron sus campos de batalla. Los soldados se sostuvieron allí con ayuda de garfios; y la artillería arrastrada sobre los hielos hizo oír allí sus terribles detonaciones. Los franceses se apoderaron de todas las ciudades ocupadas antes por los alemanes y los ingleses, que habian acudido á auxiliar al ejército holandés. Por último, una escuadra holandesa se halló detenida por los hielos en el Zuyderzee, y se empleó para apoderarse de ella un medio inaudito hasta entonces en la historia de las naciones. Escuadrones de caballería y de artillería ligera pasaron sobre los hielos y las olas consolidadas, y fueron á forzar á rendirse aquellos buques presos entre el hielo, tomándolos por asalto como si fueran ciudadelas. Parece que en los años de calma la época de los frios, es tambien la época de los placeres de los holandeses. Los canales solidificados por el hielo son el punto de cita de toda la población de Holanda. Allí se apresura á acudir la muchedumbre á lucir su destreza y ligereza. Armados de una especie de calzado llamado *patines*, se lanzan los holandeses, y se deslizan sobre la faz del agua helada con una viveza igual á la del pájaro que hiede los aires.

Veinte y dos años hace apenas que la Holanda no formaba con la Bélgica sino un solo estado bajo el nombre de

reino de los Países-Bajos. Aquella union no habia durado sino quince años, y la diferencia de las costumbres, de los hábitos y de la lengua de los dos países vinieron á disolverla. La Holanda formó un reino y la Bélgica otro. No hay país proporcionalmente en Europa mas poblado, mas rico, y sobre todo, mas industrial que la Bélgica, que durante todo el reinado de Napoleon I ha hecho parte de la Francia, y donde se habla generalmente la lengua de esta nación. Gracias á los caminos de hierro, que posee la Bélgica hoy en mayor número que ningun otro país, puede cualquiera recorrerla entera en menos de dos dias. Esto hemos hecho nosotros.

Cerca de la ciudad de Malinas, célebre por su comercio de encajes, y cuya catedral se admira con su torre colosal, parten en todas las direcciones del reino como radios lo que se llama los convoyes de los caminos de hierro. Allí es donde vienen á parar todas las vias. ¿Quiere uno ver la ciudad de Lovaina, y su hermosa casa de ayuntamiento, cuyas maravillosas piedras compiten en sus calados y caprichosos dibujos con los encajes de Malinas? Seguid ese convoy: mil personas han tomado ya puesto en aquellos cincuenta inmensos wagones unidos el uno tras del otro. El gran remolcador dirigido por un solo hombre se apresta ya á arrastrar toda aquella muchedumbre: el humo sale en espesos y negros torbellinos, y su ancho tubo de pie cual un gigante que precede la carrera, hace sonar el silbido, y parte como el rayo la locomotora. Desgraciado de aquel que toca, aunque no sea mas que con la punta del pie, aquella larga fila de carruages que un mismo movimiento arrastra é impele como el relámpago: seria hecho pedazos y pereceria en el acto.

Los que han subido en el convoy verán á Lovaina; y si quieren continuar su curso verán á Lieja, la grande, la populosa, la comerciante ciudad de Lieja, colocada á las puertas de la Alemania, y á poca distancia de la Francia. Verán el antiguo palacio de los obispos soberanos, que en otro tiempo la gobernaron, con su gran patio cuadrado, rodeado todo de una magnífica y curiosa columnata, verán la iglesia de Santiago, donde penden de todos los arcos góticos verdaderos encajes de piedra. Empero tal vez de Malinas preferireis ir á desayunar á Gante, ver á Brujas, y comer á la vista del puerto de Ostende... ¡Marchad!... Ahí teneis para llevaros instantáneamente otro remolcador. Vereis á Gante, la principal ciudad de la Flandes belga, cuyos inquietos y temibles habitantes fueron el terror de muchos reyes, y que se sublevaron contra su mismo paisano el emperador Carlos V. Vereis en la ciudad de Gante una célebre catedral, una casa de ayuntamiento de distinto género que la de Lovaina, pero de un trabajo tambien mas admirable. De Gante desfilareis sobre Brujas, ciudad mas notable todavia que Gante por sus antiguos monumentos, é ireis á comer á las orillas del mar ostras de Ostende, en Ostende mismo; y si teneis que el ruido de las olas perturbe vuestro sueño nada os impide el que vayais á dormir á Bruselas, y habreis hecho ochenta leguas, cómoda y rápidamente en vuestra jornada.

Bruselas es la ciudad mas importante de un hermoso país que se llamaba Brabante, y que al presente es la capital de toda la Bélgica. Su hermoso jardín público colocado sobre la cima de una montaña y todo rodeado de palacios, su catedral, la esbelta torre que se lanza al aire desde su casa de ayuntamiento, encanta la vista del viajero. Abundan los

extrangeros en Bruselas: creeríase que es una ciudad que pertenece á toda Europa. De Bruselas pasando por Malinas, el camino de hierro os pondrá en menos de una hora cerca del vasto Escalda, que parece un brazo del Océano; y allí vereis á Amberes, cuya inmensa catedral se desarrolla como gigantescas galerías atrevidamente embovedadas, y que no se hallan separadas entre sí sino por altas y ligeras columnas, ramificándose juntas en su cumbre cual las ramas mas elevadas de un bosque. En todas partes en Amberes se encuentran los recuerdos de la España: por todas partes creereis ver la sombría figura del gran duque de Alba, y el poder temible de los monarcas españoles. Por todas partes encontrareis escrita en el lienzo la inmortalidad de los mas grandes pintores del mundo. Los cuadros de que Rubens ha enriquecido la catedral de la ciudad que le ha visto nacer, son verdaderos monumentos, menos por sus vastas proporciones que por el genio que se revela en ellos á cada pincelada. Si vais á visitar la linda iglesia de San Pedro de Amberes, no admirareis solamente el genio de Rubens, admirareis su piedad filial. Allí está el sepulcro de su familia, y el suyo propio que él mismo se preparó en vida. Sobre todos los cuadros que cubren aquella iglesia vereis el rostro de la madre de Rubens al lado del de sus hermanas: Rubens consagraba en todas sus obras maestras la memoria de su madre y de su familia.

Hemos hecho una corta descripción de la Bélgica por un camino de hierro. Hemos creído al escribir este artículo que la locomotora nos arrastraba y hacia pasar por delante de nosotros una nueva perspectiva, un nuevo cuadro á cada mirada. Hemos evocado nuestros antiguos recuerdos. No nos queda mas que hablar del Rhin en su parte alemana.

Hemos pasado por la ciudad de Aix-la-Chapelle, que al presente depende de la Prusia, y donde se ve el sepulcro del emperador Carlo-Magno. Cuando aquel soberano de la Francia conquistó la Italia por una parte, la Alemania por otra, vino á establecer la sede de su inmenso imperio en Aix-la-Chapelle, para poder desde allí estender sus dos poderosos brazos sobre todas sus posesiones. Pocas ciudades hay tan hermosas como Aix-la-Chapelle, cuyos deliciosos alrededores, el lujo, los placeres y ademas sus saludables aguas atraen en el verano una multitud de ricos estrangeros de todas las naciones.

Vimos tambien á Colonia situada á las márgenes del Rhin. No hay tal vez en toda la cristiandad una sola iglesia de que se hable mas que de la catedral de Colonia, aunque es un monumento sin concluir, y que tiene todo el aspecto de una inmensa ruina. Solo el fondo de la iglesia se halla enteramente concluido; empero lo confieso, aquel trozo como obra de arquitectura, sobrepuja á cuanto la imaginacion puede inventar de mas admirable. Yo quedé sorprendido ante aquella iglesia que conserva con piadosa religiosidad la túnica del Salvador del mundo; aquella túnica que llevaba vestida Jesucristo cuando cargado con el madero de la cruz caminaba al Gólgota para espiar en él todos los pecados del mundo, y obrar la Redencion del género humano; aquella túnica inconsutil labrada por las manos divinas de María, la que no fué despedazada por el furor de los soldados, sino echada á la suerte, y que conservada al través de tantos siglos ha venido á ser depositada en aquella magnífica iglesia, gigante de las construcciones góticas, donde se espone cada

cien años á la vista y veneracion de los fieles. Colonia en las orillas del Rhin, tiene mil curiosas tradiciones, que con gusto nos detendríamos á referir á nuestros lectores, sobre la causa de por qué no se ha concluido aun esta catedral que no debe tener rival en el mundo. Hoy mismo se está trabajando activamente para su terminacion; y tal vez este siglo, siglo de las grandes empresas en que el genio del hombre domina todos los obstáculos que opone la naturaleza, verá terminado este magnífico templo, que aun sin concluir es una de las maravillas del Universo!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

PUENTE DE GARD. —La ciudad de Nimes habia adquirido durante la dominacion romana una inmensa importancia, porque tenia como la capital del mundo su anfiteatro, su acueducto, sus baños, etc. A dos leguas de la ciudad se encuentra un valle cortado por un soberbio acueducto, bastante bien conservado. Está construido sólidamente con gruesas piedras talladas, y se compone de tres filas de arcos puestos los unos sobre los otros. Su altura es de ciento cincuenta y cinco pies, y la longitud de ochocientos diez y ocho. Son las dos construcciones mas famosas que han dejado los romanos, el acueducto de Segovia y el de Gard.

LA CAPILLA DE GUILLERMO TELL.

Hay sitios en el mundo que se han hecho célebres, y que insignificantes por sí mismos, no deben su celebridad sino á los hechos que allí han pasado. Asi se recorre por un instante una estéril llanura donde se ha dado alguna gran batalla, los desiertos donde se alzaron ciudades de que no queda la menor huella y los parages donde perecieron atrevidos navegantes. Estos lugares crecen con toda la importancia de los recuerdos. Conmovid la imaginacion ve allí los movimientos de los ejércitos, los edificios de las ciudades y los bageles combatidos por la tempestad. El profundo silencio que reina en aquellos lugares, hoy tan desiertos, contrasta con los acontecimientos de que fueron testigos, y esta oposicion en los recuerdos de lo pasado y en el espectáculo de la realidad suscita meditaciones que entantan y entristecen al viajero.

No todos los sitios tienen tan alto título para la celebridad: no siempre ha habido en ellos batallas perdidas, ciudades devastadas ni escuadras sumergidas. Muchas veces solo hay en ellos un hecho, un recuerdo, la presencia de un hombre de alto renombre ó la aparicion de un meteoro. Los viajeros en España no dejan jamás de visitar con interés en Alcalá la casa en que nació Miguel Cervantes Saavedra, en Madrid la casa que habitó en la calle de Cantaranas, donde murió pobre este célebre soldado, que despues de haber perdido una mano en Lepanto, legó á la admiracion de los siglos la obra admirable del *Quijote*. En Sevilla

una simple inscripci3n llama la atenci3n del pasajero sobre la casa en que naci3 y vivi3 el c3lebre pintor, el fundador de una nueva escuela, Bartolom3 Esteban Murillo. Espa1a, como en todos los pa1ses y tal vez mas que en ninguno otro ha tenido sus grandes hombres: empero aqui, contentos con haberlos producido, no se ha hecho nada por su memoria, y los sitios donde vivieron y murieron no son como en el extranjero, objeto de piadosas y curiosas peregrinaciones.

Ocurríanme estas reflexiones al ir á ver, cuando viajaba por Suiza, la capilla de Guillermo Tell, una de las celebridades mas apreciadas á aquel pueblo libre, sencillo y virtuoso.

Guillermo Tell fu3 uno de esos valientes hombres que osaron medirse con el coloso de la potencia austriaca, y que supieron reconquistar la independenci3 de su pa1s.

Todo el mundo sabe la historia de aquel h3roe de la libertad: no hay un ni1o de diez a1os que no cuente que Gesler, feroz representante del emperador Alberto, habia hecho plantar su gorra sobre la plaza p3blica, y que obligaba á todo el que pasaba á saludar aquel emblema de la autoridad ducal. No hay alli nadie que no os cuente la resistencia de Guillermo Tell, su noble altivez en mantener levantada su cabeza, y la b3rbara 3rden de Gesler de cubrirle de cadenas. Aqui, sobre todo, comienza lo maravilloso. El delegado del emperador Alberto condena á Gui-



Capilla de Guillermo Tell.

llermo Tell á derribar una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, y el h3bil arquero dirige tan bien su flecha, que atraviesa la manzana sin que el ni1o sienta otra cosa que un ligero movimiento en el aire.

No hay sin duda en la historia una situaci3n mas dram3tica que la de aquel desgraciado padre, cuyo ojo debia estar tranquilo y segura la mano mientras agitaban á su coraz3n tan terribles angustias. Desgraciadamente los autores contempor3neos callan sobre este hecho importante, y otros historiadores posteriores lo han mirado como fabuloso, lo que ha hecho que los anatematicen la Suiza indignada.

Poco importa á la gloria de la Suiza que Guillermo Tell haya quitado una manzana con una flecha sobre la cabeza

de su hijo; lo que la importa es haber recobrado su libertad y contar al h3roe de que hablamos en las filas de sus mas intr3pidos defensores.

Empero un hecho que no parece ser disputado, es el que se verific3 sobre el lago cuyo dibujo presentamos, y donde se ve una capilla destinada á conservar su recuerdo.

Guillermo Tell se hallaba prisionero de Gesler: temiendo 3ste que los rebeldes no intentasen un golpe de mano para libertar á su temible gefe, resolvi3 transportarlo al castillo fuerte de Kqsnacht. Esta captura era tan importante á sus ojos, que no quiso 3l fiar á nadie el cuidado de vigilarlo. Le hizo embarcar con 3l; pero apenas el buque habia llegado á la altura de Gruth, cuando impetuosos vientos le-

vantaron una terrible tempestad. Desanimados los remeros exclamaron que solo Guillermo Tell podía salvarlos de aquel peligro, y Gesler se vió obligado á romper las ligaduras de su prisionero y confiarle la barra del timon.

Con tanta felicidad y destreza maniobró Guillermo Tell, que á pesar de la tempestad logró acercarse á un lugar donde se avanzaba una roca en forma de mesa. Cogió el instante favorable, lanzóse con fuerza fuera de la barca, la que con un puntapié volvió á arrojar en el lago y desapareció de entre las rocas.

La admiracion de los suizos por Guillermo Tell, ha hecho levantar una capilla en aquel sitio, y que es conocida bajo el nombre de *El Salto de Tell*, y todos los años se ven numerosos peregrinos que acuden allí á celebrar la independencia de su país y cantar las glorias de uno de sus principales libertadores.

EL CONDE DE FABRAQUER.

CAMINO SINGULAR.—Los emperadores chinos han hecho construir un camino extraordinario que conduce desde Pekin, su capital, hasta las casas de placer que tienen en Tartaria; tiene este camino cincuenta leguas y cerca de diez pies de ancho, y una elevacion sobre el camino real cuyo centro ocupa. Una mezcla de arena y tierra gredosa bien amasada, forma el suelo del camino, que se recompone dos veces al año. Se barre todos los dias, y aseguran que está tan limpio y aseado como puede estarlo un cuarto bien cuidado.

EL DESAFÍO DEL CABALLERO BAYARDO.

Este duelo, que es uno de los hechos memorables de la vida del caballero *sin miedo y sin mancha*, y que lo presenta, como de costumbre, uniendo la modestia á la bravura, la piedad á la magnanimidad, se verificó cuando estaba haciendo la guerra en Italia.

Bayardo batió á un tercio español en la Pouilla é hizo él mismo prisionero al capitán don Alonso de Sotomayor, al que trató con gran generosidad; empero habiéndose fugado éste y habiendo hablado mal de Bayardo, éste desafió en público palenque, segun la costumbre de aquellos tiempos, á Sotomayor.

El capitán español aceptó el cartel, ya á pie, ya á caballo, y aseguró con altivez que jamás retractaría lo que había dicho de su adversario.

En el día señalado para el lance, Bayardo, acompañado de Mr de La Palisa y de doscientos caballeros, partió sobre un hermoso corcel vestido de blanco, con humildad, pensando combatir en aquel estado; pero don Alonso, á quien tocaba la eleccion de armas, quiso batirse á pié, tanto porque no se reputaba tan diestro ginete como su rival, como porque éste, hallándose atacado de una terciana

aquel día, sería mas débil á pié, y esperaba sacar así mejor partido.

Aunque el padrino y los confidentes de Bayardo le aconsejaron que se escusase con su terciana y se batiese á caballo, no escuchó mas que su valor, y cedió sin dificultad ni discusion á los deseos de don Alonso.

Un campo se había formado á modo de palenque con grandes piedras puestas una sobre otra haciendo un cerco. Cada uno de los dos combatientes se colocó á uno de los extremos del campo con sus respectivos testigos, y don Alonso envió á Bayardo las armas que había elegido, que eran un estoque y un puñal.

Desde luego los dos se hincaron de rodillas para orar á Dios: Bayardo hizo mas, se tendió cuan largo era para besar la tierra; despues, levantándose hizo la señal de la cruz, y en seguida marchó derecho á su enemigo con paso tan seguro y firme cual si asistiese á algun festin en su palacio.

Don Alonso por su parte salió á su encuentro con firmeza y le dirigió estas palabras:

—Señor Bayardo, ¿qué exigís de mí?

—Quiero defender mi honor, respondió.

Inmediatamente se aproximaron y los dos se dieron una magnífica estocada. Don Alonso quedó un poco herido en la cara por donde le corría la sangre, y continuaron todavía tirándose tajos y mandobles sin tocarse.

Bayardo vió la destreza de su adversario que para parar sus golpes se cubrió el rostro de modo que no podía herirle en él: y para esto fingió un quite: habiendo levantado Don Alonso el brazo para darle su estocada, levantó igualmente el suyo Bayardo; empero mantuvo su estoque en el aire sin dar su golpe, dejó pasar el de su enemigo, y pudiendo entonces elegir á descubierto, le dió con tal habilidad una estocada en la garganta que á pesar de la bondad de la gorguera que llevaba, le metió cuatro dedos de estoque, de modo que no pudo sacarlo despues.

Sintiéndose mortalmente herido don Alonso, tiró su estoque y se agarró cuerpo á cuerpo con su adversario, que hizo lo mismo con él, como para luchar, y en sus esfuerzos los dos cayeron á tierra el uno cerca del otro.

Bayardo, pronto y muy listo, sacó su puñal y se lo puso á la cara al español gritándole:

—Rendíos, señor don Alonso, ó muerto sois.

Empero éste no respondió porque no existía.

Entonces su padrino, dirigiéndose á Bayardo, le habló así:

—Señor Bayardo, está muerto, habeis vencido.

Quedó á pesar de su victoria sumamente triste el buen caballero: hubiera dado toda su hacienda por haberle podido vencer dejándole vivo.

Apesadumbrado se hincó de rodillas, dió humildemente gracias á Dios por la merced que le hacía, y besó tres veces la tierra.

En seguida arrastró á su enemigo fuera del campo segun la usanza del duelo, y dijo al padrino del vencido:

—¿Señor, he hecho bastante?

Este le respondió:

—Demasiado para el honor de España, señor Bayardo.

—Sabeis, replicó el caballero Bayardo, que me pertenece disponer de este cuerpo á mi voluntad y arbitrio, sin embargo, os lo entrego, y en verdad que dejando salvo mi honor quisiera poderoslo dar de otra manera.

Los españoles se llevaron el cadáver de don Alonso de Sotomayor lamentando su destino, y los franceses acompañaron á Bayardo con alegres aclamaciones y marciales músicas hasta el punto donde se hallaba con su guarnición La Palisa.

Bayardo corrió á la iglesia para dar gracias de nuevo á Dios.

Recibió los elogios no solo de los suyos, sino también de los españoles en el reino de Nápoles como uno de los más cumplidos y nobles caballeros que jamás ha habido,

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

CASA CUADRADA.—Este lindísimo templete adornaba en otro tiempo un *forum* (plaza) de la ciudad de Nîmes. Es una obra maestra de arquitectura: pertenece al orden corintio, y su pórtico presenta seis columnas de frente. Luis XIV quiso hacerlo trasportar á Versalles, y seguramente es bien triste no se haya ejecutado aquel proyecto, porque los nîmeses hacen tan poco aprecio de estos monumentos, que hace siglos son la gloria de su patria, que habían convertido en otro tiempo la *Casa Cuadrada* en un pajar. Hoy todavía las galerías del anfiteatro sirven para alojar un regimiento de caballería.

LA CAZA DE LA ZORRA.

Las liebres, los conejos, las perdices, y en general toda la caza menuda, no tienen un enemigo más declarado, más terrible que la zorra, que á pesar de su rápida carrera, á pesar de su vuelo ligero, los unos y los otros temprano ó tarde caen bajo los dientes de la glotona, ora los ataque á viva fuerza, ora los aguarde en emboscada. Justo es que tan gran cazador sea cazado á la vez, y que se encargue el hombre hacerle espiar sus latrocinios; empero, no es solo por espíritu de venganza y de represalias, y por amor á la caza, por lo que constantemente se persigue á la zorra, sino por la grande habilidad que muestra en defenderse.

Coger una zorra no es cosa muy fácil, y pocas victorias hay en la caza que causen más alegría y vanidad al cazador.

El premio material del combate es poca cosa. La piel del vencido que se cuelga como un trofeo en la pared ó que se coloca como alfombra, forma todo el botín del vencedor: empero, esta piel, como acabamos de decir, se defiende con valor é ingenio, y de aquí el afán de conquistarla. No todos los cazadores de zorras quieren tener el placer de vencerla en campo libre, y donde pueda desplegar sus astucias. Con frecuencia abusa de su superioridad la inteligencia humana, y no permite ni aun al instinto animal desarrollar sus recursos.

Entre estos medios de guerra poco generosos, poco caballerescos, debemos contar el humazo que va á sofocar

la zorra en el fondo de su madriguera, los lazos que la sujetan, las trampas en que se ven cogidas, el azadon que descubre sus más recónditos escondites, y por último las redes que la sorprenden sin que sea posible la resistencia. Contra estos desleales ataques, la zorra no puede defenderse sino por una larga prevision y continua vigilancia. Así cava sus subterráneos debajo de las rocas, debajo de las raíces de los árboles, para que el azadon no pueda perjudicar ni quebrantar la bóveda, y multiplica las ramificaciones para que no se sepa donde hallarla, y para que las escavaciones no produzcan resultados.

Así es que, cuando por algun motivo se han concebido sospechas, la zorra no camina sino con la mayor cautela, á fin de evitar caer en las redes, trampas y lazos, y no sale de su retiro sino cuando tiene motivo suficiente para creer de que la sitian, y que haya emboscadas preparadas en todos los caminos.

En este último caso, las asaltantes tienen que convertir el sitio en bloqueo, y algunas veces suelen pasarse quince ó más días, sin que el zorro después de haber agotado todas las provisiones de su madriguera, vencido por el hambre se determina á hacer una salida que ejecuta con toda la rapidez y rusquedad que le permiten sus desfallecidas fuerzas.

Cuando han sido inútiles todas sus precauciones, y llega su última hora, acepta la zorra su suerte animosamente, y lucha hasta el último momento con una intrepidez y una presencia de espíritu singulares.

Cae en una trampa y le coge una pata el lazo, y no vacila en sacrificar la parte por salvar el todo, y con los dientes se hace muy bonitamente la amputación del miembro por el que le tenían sujeto.

Se ve atacado en su fuerte por los perros, se revuelve contra ellos, los hiere algunas veces, y los obliga á defenderse en retirada.

Se ve perseguido por el humazo, se esconde en el punto más bajo como podría un profesor de física.

Se ve, por último, en manos de sus enemigos, muerde todavía todo lo que puede alcanzar, y recibe el golpe fatal con una resignación estóica, sin proferir una sola queja.

Estas son las guerras, placeres y triunfos de los aldeanos y guardas de monte. Los cazadores de elevada imaginación buscan una victoria más difícil. En el día señalado para la cacería, cuando hay certeza de que la zorra ha salido á paseo ó á merodear abandonando su madriguera, se cierra cuidadosamente la boca de ella, así como las de la vecindad: después los cazadores reunidos á caballo sueltan los perros para que busquen y ojeen el enemigo. El fuerte olor que exhala la zorra hace descubrir muy pronto su retiro, y los ladridos de la jauría anuncian que se ha lanzado. El animal perseguido huye lo más presto que puede hacia su madriguera; hallándola tapada, y asustada además por los guardas que es prudente colocar para impedirle que haga escavaciones, lo que podría intentar, vuelve á empezar su carrera, hace algunos regates, vuelve todavía á su cueva. Segunda vez rechazada ve entonces que tiene que renunciar á su fortaleza y buscar en otra parte su retiro. Refúgiase por consecuencia hacia alguna madriguera conocida de algun pariente ó amigo, pero allí también halla escollos si la cacería se dirige bien, y va más lejos; cansada, en fin, de llamar así de puerta en puerta, comprende que no debe contar más que con sus piernas.

Tomando, pues, una gran resolucion, se lanza sin objeto determinado atravesando los bosques y los llanos, desojeando con su ligereza á los perros. Entonces es cuando propiamente hablando comienza la cacería. Aunque la zorra en estas circunstancias graves camina espontáneamente en línea recta, no descuida ni desaprovecha los accidentes que pueda presentarle el terreno.

Si encuentra un bosque, prefiere las matas ásperas y pobladas debajo de las que rápidamente se desliza, en tanto que la jauría no puede abrirse paso por allí sino con gran trabajo. Busca las vallas donde el menor agujero da paso á su cuerpo esbelto y elástico; busca tambien las ondulacio-

nes del suelo que fatiga á sus adversarios, los fosos que salta de un brinco, las rocas, detrás de las que puede bruscamente cambiar de direccion y burlarse de los perros. Adivina, por último, con pronta sagacidad cuanto pueda servir de obstáculo á sus perseguidores y facilitar su fuga. A pesar de todas estas astucias, de todas estas combinaciones estratégicas, no logra siempre engañar y hacer perder la pista á sus enemigos: perros y caballos se precipitan con ardor sobre los pasos del fugitivo. Muchos de los que la siguen se quedan atrás: caballos y caballeros ruedan á veces en los fosos y se quedan colgados de los árboles y de las vallas y realizan toda la estraordinaria variedad de modos



La caza de la zorra.

de caer que la imaginacion de los pintores de las cacerías de la zorra ha inventado. Muchos perros estropeados y estenuados renuncian á continuar en la carrera; empero el grueso del ejército sigue adelante en la cacería y no se pára sino despues de haber vencido, despues de haber visto á la zorra caer rendida y agoviada de fatiga. Esta es la terminacion mas comun de la lucha. Sucede, sin embargo, que una zorra de una elasticidad superior de jarretes, ó de un cerebro estraordinariamente fecundo en recursos, logra escaparse en algunos encuentros: la infeliz no hace mas que retardar su destino: la misma popularidad que le dan sus victorias hace su pérdida inevitable, amontonando contra ella enemigos que picados en el juego no abandonan la partida hasta haberla ganado, y el parte de la gran batalla es la

comidilla de las conversaciones de todas las casas de los cazadores de la comarca.

Sobre todo, en Inglaterra es donde se hace con mas boato y solemnidad la cacería del zorro. Allí la habilidad como cazador es uno de los títulos mas recomendables para los hombres, los caballos y los perros. Una cacería de zorras no es una diversion particular, es mas bien un suceso público, cuyos detalles y pormenores se especifican en los periódicos en sus columnas con mas vivo interés y mas general que cualquiera otra noticia del dia. Un equipage completo para la cacería de zorras es el tesoro mas envidiado tal vez de los nobles lores, cuando van á pasar sus temporadas de primavera y otoño en sus magnificas casas de campo.

FERNANDO BELTRAN.